

Editorial

Con este nuevo número (doble) de *Revista de Espiritualidad*, nos adentramos en un viaje por los sentimientos (emociones, afectos, pasiones, lágrimas, alegrías, tristezas, melancolía, miedos, temores...) en diversas figuras del Carmelo. El tema de los sentimientos es tan urgente como difícil de abordar. Los estudios que ofrecemos al lector son solo el umbral de un territorio inexplorado. Servirán para poner apenas los cimientos de un edificio futuro, y para saber qué disciplinas podrían resultar más afortunadas para el estudio de un mundo tan complejo como es el de los sentimientos, abriendo así nuevas perspectivas de futuro.

Un problema que siempre aparece de fondo en el tema a estudiar es el de la existencia de antropologías dispares, donde cada ciencia tiene su visión del hombre, y donde se hace necesaria la humildad intelectual para reconocer las aportaciones positivas y caleidoscópicas de cada perspectiva. En este sentido es siempre necesario un acercamiento interdisciplinar. Y un presupuesto previo a no soslayar en el ámbito de la espiritualidad: en las mentalidades y universos religiosos de hasta ayer por la tarde, los sentimientos aparecían muy a menudo como una realidad a ocultar. Incluso a mortificar.

El punto de partida de los estudios de nuestra *Revista* será un marco previo que nos permitirá situarnos y tomar perspectivas: *Sentir a Dios, sentir en Dios. Sentimientos y sensibilidad en el camino espiritual*. La nuestra es una cultura que exalta los sentimientos. Sin duda, están de moda. La misma palabra «sentimiento» puede despertar las más variadas asociaciones y resultar, al mismo tiempo, totalmente confusa. Intentaremos despejar el bosque: ¿de qué hablamos cuando hablamos de los sentimientos? A este respecto hay que asumir que el *amor es el gran eje afectivo de la espiritualidad cris-*

tiana, y que una clave teológica fundamental es confrontarse con los sentimientos de Cristo.

Santa Teresa y san Juan de la Cruz serán las dos primeras figuras abordadas en este estudio. Mujer del «exceso» en todo, Teresa aparece siempre rebosando sentimientos en su palabra escrita. El cuerpo y la interacción social son dos aspectos claves para desentrañar la función de los sentimientos en Teresa. Ella hablará de un «gozar sin entender». Desde esta perspectiva se trazará un esbozo para una *Geografía de los sentimientos en Teresa de Jesús*. Con Juan de la Cruz, atendiendo a una perspectiva antropológica, nos acercaremos a *Una mística de la sensibilidad*. El Santo habla de los «toques y sentimientos de unión de Dios». Y en una de sus cartas nos topamos con una de las intuiciones más certeras sobre la realidad y función de los sentimientos en el entramado místico y espiritual en general:

Ninguno de los sentimientos sabrosos puede ser medio proporcionado para que la voluntad se una con Dios, sino la operación de la voluntad porque es muy distinta la operación de la voluntad de su sentimiento: por la operación se une con Dios y se termina en él, que es amor, y no por el sentimiento... Solo pueden servir los sentimientos de motivos para amar...

Dando un salto al siglo XIX francés nos salen al encuentro Teresa de Lisieux e Isabel de la Trinidad. La primera nos narra en primera persona «lo que siente la menor de las almas». A la hora de diseñar la contribución de esta santa a una *cartografía* de los sentimientos, nos encontramos un doble problema: de una parte, la llamada a reprimirlos o, al menos, a tratar de controlarlos y evitar manifestarlos, por ser considerados como obstáculos para la perfección cristiana. Había que matar (mortificar) los sentimientos, enemigos del espíritu. Frente a esta espiritualidad asesina, la figura de Teresa de Lisieux se eleva con una dignidad admirable.

Por otra parte, su paisana Isabel de la Trinidad se declara profundamente sensible, y su afectividad está a flor de piel. Pero al mismo tiempo es capaz de acallar todo sentimiento que no se oriente hacia la voluntad de Dios, que no es otra que el amor. Desde estos presupuestos afirmará: «¿qué importa sentir o no sentir!» Lo importante es actuar. Lo importante es amar. No conviene olvidar el contexto

del romanticismo de época, con el que Isabel (más que Teresita) comparte tres sentimientos: proximidad y deseo de la muerte, herida del infinito y añoranza de lo eterno, y un gusto especial por la noche silenciosa y tranquila que permite las ensoñaciones.

Ya en pleno siglo XX emerge la figura luminosa de Edith Stein. Aquí será contemplada desde una perspectiva antropológica y filosófica. Y desde estos marcos se analizarán los sentimientos en sus obras. En la corriente fenomenológica en la que se formó Edith Stein, la conciencia es *intencional*, es *conciencia-de*; en otras palabras: ha de estar acompañada de su correlato, de su referente. Igualmente el sentimiento, cual vivencia de la conciencia del yo, ha de estar dirigido a un contenido, a un objeto. Siempre es sentimiento de algo para alguien que se ve afectado en su ser personal.

De vuelta al pasado seguiremos contemplando figuras no ya de primer orden (como las anteriores), pero no por eso menos relevantes. La primera, la carmelita María de san José (Salazar), mujer libérrima y defensora ardiente del espíritu teresiano. «Suavidad» es quizás la palabra clave de su talante. Los conventos imponían entonces un severo régimen de control emocional, fundado en la herencia tomista-aristotélica según la cual las emociones —«pasiones» en el léxico de la época— representaban un impedimento para la perfección espiritual. *El libro de recreaciones*, escrito por ella alrededor de 1585, defenderá en la Orden del Carmelo las mismas premisas que en el resto de órdenes, pero con un añadido: «el espíritu doblado de alegría en todos los religiosos y religiosas». ¿Era insólito este espíritu de las carmelitas descalzas? Por cierto, Teresa de Jesús y María de San José creían que lo era, y a juzgar por las críticas de los doristas, era anómalo en una orden reformada.

En la misma línea, la carmelita Ana de Jesús (muerta en 1621), en cartas a otra carmelita, Beatriz de la Concepción, hablará sin tapujos de «lo mucho que nos queremos». El género epistolar se presta especialmente a la expresión de los sentimientos. La correspondencia con Beatriz, por su carácter altamente afectivo, nos ofrece la faceta más frágil y humana de estas mujeres. Y nos devuelve, en el caso de Ana de Jesús, una figura más real y cercana a los lectores

del siglo XXI. La otra Ana, la de san Bartolomé, es contemplada aquí en la misma atmósfera de aquellos sentimientos que envuelven la vida humana. Valga como botón de muestra un ejemplo de los últimos años de su vida, en 1621: la canonización de la madre Teresa de Jesús produjo a Ana una de las mayores alegrías de su vida. Ana, poco dada al sentimentalismo, en este momento *lloró de alegría*. Fue la única vez que las monjas de Amberes la vieron derramar lágrimas de alegría y de emoción.

La medievalista Barbara Rosenwein ha acuñado el concepto de «comunidades emocionales», que servirá para llevar a cabo un acercamiento al convento de las carmelitas descalzas de Consuegra en pleno siglo XVII. Dicho convento podría encajar cómodamente en estos moldes. Las cartas de Jerónimo Gracián a la carmelita Francisca de las Llagas, aunque escasas, al poner los sentimientos en el centro del análisis, realzan el lugar que estos ocuparon en la vivencia comunitaria de la recreación.

En definitiva, lo que en este número de la *Revista* se encontrará el lector es solo un destello de los inolvidables excesos teresianos al comunicar sus sentimientos, así como de la lúcida discriminación sanjuanista entre sentimientos y amor; o la capacidad de Teresita para trascender las mentalidades de su tiempo y abrirse, como Isabel (y Juan y Teresa antes) al amor como acción. Son estas algunas de las intuiciones que se recogen en este estudio. Por no hablar de la honestidad y rigor intelectual de Edith Stein. La libertad tan tere-siana de María de san José. La vulnerabilidad no disimulada de Ana de Jesús. Las alegrías y lágrimas que salpican los textos de Ana de san Bartolomé. Todo ello vivido siempre en el marco de unas «comunidades emocionales» que encuentran en las cartas de Gracián a Francisca de las Llagas la punta de un iceberg todavía por explorar.